

Jordi Puntí

Esto no es América

Traducción de Rita da Costa



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Título de la edición original:
Això no és Amèrica
Empúries
Barcelona, 2017

Il·lustración: «Acordaos de rezar antes de hacer maldades», © Lara Lars

Primera edición: septiembre 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Rita da Costa, 2017

© Jordi Puntí, 2017
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9841-5

Depósito Legal: B. 16611-2017

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

Para Steffi

América es el pueblo de al lado

ENRIC CASASSES Y PASCAL COMELADE

VERTICAL

Sale del metro en la plaza Joanic y, mientras sube por la escalera, oye que en algún campanario cercano dan las diez de la noche. Tal vez sean unas campanadas imaginarias que solo resuenan en su cabeza, pero da igual, lo que cuenta es el aquí y ahora. Se lo repite mentalmente: el aquí y ahora, ¿estamos? Enciende un cigarrillo y baja a paso ligero hacia el paseo de Sant Joan. En la calle hay poca gente, pocos coches, o tal vez se lo parece porque la luz de las farolas, anaranjada, esparce a su alrededor un arabesco de sombras mortecinas. Pasa por delante de la churrería de Escorial, que hoy está cerrada, y ahuyenta un recuerdo agridulce. Ahora no, todavía no. Poco después, cuando está en lo alto del paseo, delante de la estatua medio escondida de un fraile y un niño, se detiene unos segundos y piensa en ella. Es un pensamiento rebosante de dolor y, sin embargo, inconcreto. Hace unos días, no puede precisarlo más, el rostro de Mai empezó a borrarse de la memoria... Pero no es exactamente eso, no quiere usar verbos negativos. Más bien se le ha ido desdibujando con suavidad, como una nube de humo vaporoso que se eleva y se desvanece poco a poco, muy despacio, y luego pasan los días y lo sigues viendo pese a que

ya no está, y llega un momento en que solo lo ves porque te lo puedes imaginar, porque lo has visto antes y sabes que estuvo allí.

Esa inminente sensación de olvido es la que por fin hoy lo ha impulsado a ponerse en marcha. Levanta la mirada hacia el cielo. Hace una noche serena y estrellada. El aire tibio juega con las hojas de los árboles. Echa a andar con decisión, un paso tras otro. Cuando llega a la altura de la estatua de Clavé, lo mira con el rabillo del ojo, sin detenerse. Un día, años atrás, decidieron que ese hombre con levita, mostacho y cierto aire antiguo tenía que ser alguien más importante que el tal Clavé. Alguien de auténtico renombre internacional. Jugaron a buscarle parecidos. Balzac. Nietzsche. Trotski, pero sin gafas. ¿No sería hermoso que Barcelona tuviera una estatua dedicada a Trotski? Al final fue ella la que dio con la mejor solución: como llevaba una varita en la mano, sería la estatua de un mago famoso de la época de los primeros ilusionistas y prestidigitadores. Houdini, Max Malini... ¡Clavini! ¡El mago que desde su pedestal hacía desaparecer a los barceloneses aburridos del Eixample!

El recuerdo lo ha hecho sonreír por un instante –ese brillo travieso en los ojos de Mai–, pero enseguida se le ha marchitado en el estómago, haciéndole el vacío, y ahora aprieta el paso para conjurar un ardor incipiente. Tendrá que acostumbrarse, se dice, y este paseo nocturno también lo ayudará a alcanzar ese propósito. Tal vez por eso, cuando llega a la altura de la calle Indústria y se detiene en el semáforo, se da cuenta de que iba andando muy deprisa. Así no dejará ningún rastro. La tinta de sus pasos no escribirá nada. Entonces vuelve atrás como un poseso, corre paseo arriba hasta el principio, adelantando incluso a dos chicos que hacen footing. Sudando a causa del esfuerzo, jadeando, se detiene y vuelve a empezar, esta vez más despacio.

Esta noche camina para dibujar la letra I de Mai. El paseo de Sant Joan de cabo a rabo, bajando hasta el Arco de Triunfo. Cuando se reencontraron, hace un millón de noches, él le cambió el nombre. Ella se apuntó al juego desde el principio, porque estaba convencida de que cada edad merecía un nombre distinto y hacía tiempo que ya le tocaba. De pequeña sus padres la llamaban Maria Teresa. En la escuela se convirtió en Teresa, Tere para las amigas de confianzas y el primer novio, y más tarde, en la universidad, se hacía llamar Maite. Se podría decir que se conocían solo de vista, de cruzarse por el patio de Letras, y quizá de haber compartido alguna charla con amigos comunes en el bar de la facultad. Entonces, tantos años después, habían coincidido en una fiesta en el barrio de Gràcia, en un piso demasiado pequeño o con demasiados invitados de última hora. Una noche de primavera, como la de hoy. Música de Echo & the Bunnymen, Ride, The Pixies. Se habían presentado entrechocando las cervezas y mirándose al fondo de los ojos. Ella movió los labios por encima de las distorsiones de las guitarras y él leyó en ellos: Mai. Tres semanas más tarde, el día que ella había llevado sus cosas a casa de él, habían follado como si hubiese que celebrarlo y después ella le había preguntado:

—Tú no serás de los que se cansan de estar con una mujer...

—No.

—Quiero decir que no me dejarás ni me echarás de casa, ¿verdad?

—*Mai, Mai. Mai.**

* *Mai* significa «nunca» en catalán. (*N. de la T.*)

Después habían vuelto a follar y, todavía tumbados en la cama, sudorosos sobre las sábanas, se habían ventilado una botella de Ballantine's mientras fumaban maría afgana para prolongar ese bienestar, o lo que fuera que buscaban desde hacía tiempo. Ambos tenían treinta y cuatro años, una edad puñetera, y más de un fracaso para olvidar.

De eso hace ya más de quince años, y ahora mismo no sabe si está andando para olvidarlo o para recordarlo todo. Empieza a bajar de nuevo por el paseo de Sant Joan, más consciente de sus pasos, como si así los zapatos dejaran una huella real en el asfalto, un trazo que pudiera leerse a vista de pájaro. Pasa junto al gran Clavini y, cuando llega al semáforo de Pare Claret, se fija en el bar Alaska, que queda a su izquierda. Está lleno de gente porque dan fútbol en la tele. Por eso esta noche no hay nadie en las calles. Duda si acercarse un momento, pero no hace falta, revive perfectamente ese aire familiar: la tele encendida, los camareros con su uniforme clásico que huelen a sudor, los eternos borrachos... Durante una época, Mai y él iban allí a menudo a tomar cervezas con unos amigos que vivían cerca. Lo llamaban la ruta de los chaflanes. Quedaban el sábado a media tarde y empezaban a tomar quintos en el bar Pirineus de la calle Bailèn. Después ponían rumbo al Alaska, seguían en La Sirena Verde y acababan en el Oller hasta que echaban el cierre. En el Alaska siempre se cachondeaban de los demás clientes y se reían mucho. Las abuelas que se pasaban allí toda la tarde con un triste Cacaolat, quejándose de los hijos; el separado que se sentaba en la barra, bebiendo coñac y repasando los anuncios de contactos del diario; el matrimonio que compartía unas patatas bravas y un *bikini* para cenar sin dirigirse la palabra (jugaban a imaginar quién

maltrataría a quién esa noche). Abandonaron la ruta de los chaflanes por culpa del fútbol, precisamente, porque los bares se llenaban de vocingleros y no se podía charlar ni beber en paz.

Cruza el semáforo. Una bici lo adelanta y se pierde al instante en la creciente oscuridad, paseo abajo. Una pareja joven se sienta en un banco y comparte una bolsa de patatas fritas. Comen una y se dan un beso, comen otra y vuelven a besarse. Se les acerca un perro, un Schnauzer negro, y la chica quiere darle una patata, pero el animal es viejo y perezoso y no se decide. Entonces el amo lo llama con un silbido y el animal pierde el interés y da media vuelta. Durante unos segundos avanzan juntos, el perro y él, al mismo ritmo. Estos instantes en el paseo componen una escena cotidiana, de vida repetida, que más bien le estorba. Mai y él no estaban acostumbrados a vivir así, y de hecho, ahora que lo piensa, se da cuenta de que no les convenía en absoluto: cuando los días se parecían demasiado unos a otros, cuando conseguían algún tipo de normalidad —y no es que se esforzaran mucho—, la cosa siempre acababa resquebrajándose por algún punto débil. Podría decirse que Mai tenía un carácter demasiado imprevisible y esquinado, una combinación letal, pero había algo más. Las culpas y los riesgos se repartían entre ambos, y por eso seguramente se querían con esa locura incondicional, cuando se querían.

A la altura de la calle Còrsega, una súbita algarabía lo distrae de estos pensamientos. Alguien ha marcado un gol. Se oyen petardos, como un ensayo general de la noche de San Juan, y un coche toca el claxon festivamente. Mira hacia arriba y ve a dos chicos que han salido a fumar al balcón. Hay luz en casi todos los pisos. La noche es cálida y la mayoría de las ventanas están abiertas de par en par. Que entre el rumor de la ciudad, ahora que el calor todavía

se soporta, ahora que no hay mosquitos y las calles de Barcelona no apestan a cloaca. De pronto le viene a la memoria ese poema de Jaime Gil de Biedma titulado «Noches del mes de junio». Lo leían juntos y les gustaba mucho. Los versos describían una noche así, como la de hoy. Recuerda sobre todo el ambiente un poco melancólico, el estudiante que tiene el balcón abierto, la calle recién regada, la soledad y una especie de angustia ante la incertidumbre del futuro, aunque era una angustia pequeña... Se esfuerza por recuperar algunos versos y le viene a la mente aquello de «una disposición vagamente afectiva», con ese adverbio tan bien puesto. Pero había otro verso más importante, hacia el final... Ahora no le viene a la cabeza. Los poemas de Gil de Biedma eran el único libro que tenían repetido en casa, de cuando habían aunado sus bibliotecas. Lo habían comprado siendo estudiantes, más o menos por la misma época, y años después lo releían buscando excusas para ser como eran, una trampa poética que justificara sus actos. Aquí en la calle, mientras camina, le basta evocar brevemente esas mañanas de vómito seco y resaca, las quemaduras de los cigarrillos en las sábanas, el desorden de botellas vacías y ceniceros llenos—como una naturaleza muerta a los pies del colchón—, para recuperar al instante las palabras que buscaba: «Pero también la vida nos sujeta porque precisamente no es como la esperábamos.» Pues eso.

La muerte de Mai lo dejó atontado. Una sensación de irrealidad que al principio entumecía las horas y se parecía al despertar comatoso que sigue a unos cuantos días de borrachera, cuando refluyes desorientado y con una calma que se va colando inevitablemente por algún desagüe desconocido. Estaba sobrio y no se lo parecía. Le habían deja-

do volver al instituto y daba las clases como un autómatas, sin pensar en lo que decía ni enfadarse con los alumnos. Comía solo en los bares del barrio, siempre en la barra, y nunca acababa el plato. En ese submundo nuevo y solitario, la ausencia de Mai lo conquistaba todo, pero al mismo tiempo le ofrecía momentos de una lucidez inesperada. Si pensaba en ella como si siguiera viva, sabía al instante qué debía hacer. Estaba su traición con el whisky, si se podía decir así (hacía ocho meses que se habían desintoxicado juntos, una vez más), pero él se lo perdonaba más que nadie. La había encontrado un martes por la noche, al volver de un viaje a Praga con los alumnos del último curso. Tumbada en el sofá, desnuda, con el pelo enmarañado y la cabeza colgando en una postura forzada. Se había ahogado en su propio vómito, qué muerte más tóxica, y si no hubiese sido por los ojos desorbitados y el cuerpo frío, le habría parecido incluso hermosa: una escena que habían ensayado juntos más de una vez, y más de dos.

La constante confusión que lo entorpecía no ha desaparecido, pero desde hace un tiempo ha aprendido a convivir con ese aturdimiento y a veces hasta se dice que sabe controlarlo, si ella lo ayuda. Como ese día, cuando hacía ya una temporada que Mai estaba muerta e incinerada, en que decidió inscribir su nombre en la ciudad. Era un juego que habían practicado juntos en el pasado, después de la tercera desintoxicación, que en teoría había sido la buena. Una vez domesticado el desasosiego, cuando ya volvían a ser personas, el médico les había recomendado andar todos los días para hacer ejercicio y al mismo tiempo ahuyentar los malos pensamientos. Entonces Mai había recordado un libro de Paul Auster cuyo protagonista deambula por la ciudad, dibujando con sus pasos letras que alguien interpreta tras él. Habían cogido un lápiz y un plano de Barcelona y habían empeza-

do a imaginar posibles recorridos. Salían a media tarde, cuando él volvía del instituto y ella aparcaba las traducciones, y durante una hora y media andaban, o, mejor dicho, paseaban. La cuadrícula del Eixample era ideal para los monosílabos. Gràcia, Sants y el Guinardó les permitían hacer filigranas caligráficas. El Chino, un laberinto rebosante de tentaciones, les parecía un grafiti incomprensible y peligroso que convenía evitar.

Según avanza siente como si reavivara el espíritu de esos paseos, como si Mai estuviera realmente a su lado. Hace unos días, en pleno ataque de añoranza, empezó la M subiendo por Muntaner y luego la fue perfilando en las calles de Gràcia. La A, mucho más entretenida de dibujar, se escondía en las cuevas y pendientes del barrio del Putxet. Ahora le gusta que la I salga de sus pies con esta sencillez vertical y al mismo tiempo con la contundencia de un descenso nocturno, un solo trazo y su nombre estará completo.

A punto de cruzar la calle Rosselló, ve pasar a Joan de Sagarra, cabizbajo y enfadado con el mundo, o con el barrio, o tal vez escribiendo mentalmente el siguiente artículo en el que se enfadará con el mundo o con el barrio. Tiene pinta de no haber cenado. Sabe que vive por allí porque él mismo lo ha contado en alguno de sus artículos dominicales. Un poco más abajo, en un parque infantil, un niño sube y baja por el tobogán sin parar, como un poseso, mientras una chica se asegura de que no se haga daño cada vez que llega abajo. El niño tiene cuatro o cinco años y se nota que es muy movido. Sus gritos resuenan en la ausencia de tráfico. La chica, que debe de ser la madre, lleva un sari turquesa con bordados plateados que le llega hasta los pies y brilla a la luz de las farolas. La contempla unos segundos —no

tendrá más de veinticinco años— sin advertir la menor señal de inquietud por lo tardío de la hora. Los demás niños ya están en casa durmiendo mientras este tiene todo el parque para él solo. Afloja el paso y mira con una pizca de envidia las dos figuras que parecen haberse teletransportado desde un lugar muy lejano y otra hora del día. Unos metros más allá comprende lo que ocurre: al cabo de la calle hay un colmado abierto, un paquistaní, y desde la puerta un hombre sigue los movimientos de madre e hijo. Que se canse el niño, así no tardará en quedarse dormido.

Sigue paseo abajo y, ahora sí, mientras enciende otro cigarrillo, le vuelve el recuerdo que hace un rato ha tenido que reprimir. Una madrugada volvían de tomar copas y bailar en el Almo2bar, o como se llamara ese antro, y pararon a comprar churros en la calle Escorial. Habían cenado muy poco y bebido mucho, y como en esa época solo fumaban chocolate, tenían hambre. Se fueron comiendo los churros por la calle, y Maite quiso sentarse en los columpios del parque infantil de la plaza Joanic. Él se puso a su espalda y, con un churro en la boca, empezó a empujarla. Primero con suavidad, como si cuidara de una niña pequeña, y poco a poco con más fuerza. Mai reía y gritaba con un miedo exagerado, levantaba y bajaba los pies por instinto, pero el columpio zozobraba bajo su peso, dando bandazos. En uno de los embates, justo cuando Mai le pedía que parara, se le escapó el cucurucho de la mano y dos o tres churros salieron volando. Ella hizo amago de cogerlos y perdió el equilibrio. Fue una caída teatral, torpe pero benigna, y quedó despatarrada en el suelo. Él se rió y se acercó para ayudarla con paso tambaleante, y entonces el columpio lo golpeó por la espalda y cayó a su lado. Al día siguiente le saldría un morado, seguro, pero en ese momento se concentró en ignorar el dolor y se abalanzó sobre Mai. Rodaron por el